

provin-

de es

3.—Está

Consejo

de mi-

Alcaraz,

3.—Está

Consejo

de mi-

Celestino

ense, pa-

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

provin-

de ca-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

de go-

3.—Está

Consejo

de mi-

plomática y se cree que tenga una solución satisfactoria para las respectivas partes.

En cuanto a la suposición de que el gobierno prusiano pudiera llevar al asunto a la dicta de Francfort, creo poder asegurarse de una manera positiva que el gobierno no piensa en ello. Entre la corona de Prusia y de Neuchâtel no ha existido nunca una que una unión personal, y la confederación germanica, como tal, no tiene interés ninguno en ello.

Escríben de San Petersburgo, el 13 de setiembre, a la *Correspondencia* *Havas*:

«Los periódicos publican ya las listas de los donativos patrióticos que se han hecho con motivo de la coronación. Estos donativos han procedido principalmente del comercio.

Todas las cartas de Moscú están conformes en elogiar las magníficas iluminaciones que brillaban en la casa Korsakoff-Rimski, el actual palacio del embajador extraordinario de Francia, Vard, es que nada ha podido sobrepasar al Kremlin, que parecía un mar de fuego.

Ha habido grandes fiestas militares en Moscú. Algunos grandes negociantes han dado de comer a todo el regimiento Preobajenski, y otra vez a 1,500 artilleros.

Se observa que en los favores que han acompañado a la coronación, la parte de Finlandia y de las provincias del Báltico ha sido una pequeña para las otras provincias.

Escríben de Berlín, el 19 de setiembre, a la misma *Correspondencia*:

«La emperatriz viuda de Rusia será acompañada en su viaje a Italia por el gran duque Constantino. Saldrá el 23 de este mes de Moscú, irá directamente por Varsovia y Viena a Niza, y no pasará a B. sino a su vuelta.

El rey saldrá para el Rhin el 21 de este mes, es decir, inmediatamente después de las fiestas que se darán con motivo del casamiento de la princesa Luisa.

Todos los príncipes prusianos han llegado aquí para las fiestas que debe haber mañana.

Del mismo punto y con la misma fecha escriben a la *Gaceta de Brusel*:

«Es probable que el primer paso que dé el gobierno prusiano en la cuestión de Neuchâtel sea la pregunta a los signatarios del protocolo de 21 de mayo de 1852 la conducta que se proponen seguir en las circunstancias presentes, y de qué manera piensan intervenir apoyándose en este protocolo. Únicamente después de haber recibido su respuesta será cuando el gabinete prusiano podrá adoptar resoluciones ulteriores.»

Escríben de Viena el 14 de setiembre a la *Diario de Dresde*:

«La prueba de que nuestras tropas no van a evacuar completamente las provincias dalmatianas, es que el jefe de ellas ha recibido orden de construir cuatro baterías que puedan contener hasta 200 hombres cada una. Además se espera en Bucharost una batería de cañones procedente de Pítrich. La municipalidad de Bucharost ha debido tomar medidas para la subsistencia de las provisiones del ejército para seis meses. Se halla aquí hace algún tiempo M. de Olfenberg, individuo nombrado por Rusia para la comisión de navegación del Danubio.»

Con fecha 15 escriben del mismo punto a la *Gaceta de la Bolsa*:

«Es de lo más falso que el Austria haya hecho dirigir a las potencias un memorando sobre la unión de los principados: ni se comprende que muchos cada uno para esta, cuando el Austria, la Francia, la Inglaterra y la Prusia están de acuerdo en cuanto a lo inadmisibilidad de semejante unión. Por otra parte nada hay de razonable en atribuir el cambio de opinión de la Inglaterra en este asunto a una especie de transacción hecha por lord Palmerston con la Prusia, prometiéndole esta no consentir la apertura del istmo de Suez. Falso es también que la Prusia haya dirigido una nueva nota sobre el asunto de Montenegro a las potencias signatarias del tratado de 15 de abril.

A la *Gaceta de Colonia* escriben del mismo punto el 16:

«Cuando se ha dicho que el Austria apoyará con todo su poder a la Prusia en las tentativas que ha de hacer el gobierno de Berlín para poner al rey en posesión de Neuchâtel, solo se hablaba del poder diplomático del Austria. Se cree en efecto que esta potencia está muy dispuesta a aprobar las proposiciones que tengan por objeto cerrar las fronteras suizas por el lado de la confederación germanica.

Se cree generalmente que M. de Hubner ha ido a Nápoles por motivos particulares, y sin embargo oficialmente respecto de aquella corte; pero es probable que aproveche su viaje para recoger datos sobre la cuestión actual.»

CRONICA GENERAL.

—Anécdota.—«Las oveadas publican la siguiente bajo el epígrafe *Visita de España*:

«Por todas partes, dice, aun en las esferas de la alta sociedad, se encuentran cada paso señoras que hablan en alta voz, con la frente erguida, que dan opiniones de manos a los hombres, disutan sobre política y literatura, y lo que es más, anonian las cuestiones todas con sendos cigarillos. ¡Asombroso, calamidad! Habían, y si no me engaño en Andalucía, ciudades empujadas por el humo que despedían los labios femeninos. Cuántas veces no se ha escrito de vosotras en los libros de viajes redactados en lengua extranjera: «Las mujeres son bonitas, pero fumán!»

Voy a citar una anécdota en venganza de este picaro vicio.

Hace cosa de diez días tres señoras francesas ricamente vestidas, acompañadas de un caballero de alto muy formal y de edad avanzada, tomaban en París el camino de hierro de Burdeos. En el carruaje de primera clase donde habían entrado, no iba más que una persona extraña: era un joven español de traza elegante y distinguida. Las señoras pertenecían sin duda a la buena sociedad, como lo denotaba su conversación que revelaba ciencia y los hábitos del gran mundo. Sin embargo, el buen tono que había en sus modales, así como en sus trajes, se hallaba algo tanto neutralizado por ciertos lunares que echaban a perder la delicada gracia del conjunto, hasta el extremo que las tres elegantes, después de reír con broma y algarazas sobre los hombres y las cosas del día, sacaron tres cigarrillos de papel, y se pusieron a fumarlos con la misma sangre fría que si se abanicaban.

El español que iba con ellas al pronto se quedó sorprendido, pero poco después, tomando la palabra, habló en estos términos:

«Señoras, discúlpennme Vds., pero el humo del tabaco me ha enojado hasta tal punto, que me es imposible soportarlo.

Esta declaración era una broma, pues la persona a quien provenía era, como ya hemos dicho, un joven de treinta años, robusto, y en un par de bigotes como un granadero.

Lo siento mucho, repitió, pero el humo del tabaco me mata.

Estas palabras fueron dichas con mucha cortesía, pero secamente; tanto, que las señoras no se atrevieron a desplegar sus labios, ni el caballero que iba con ellas pudo defenderlas, pues está terminantemente prohibido al que se fume en los caminos de hierro. Para concluir diremos que los tres cigarrillos volaron por la ventanilla del carruaje.

Las señoras, picadas como es natural, se vengaron con una lluvia de epigramas, acompañados de sonrisas irónicas y de alusiones muy significativas hacia las gentes de provincia (por una de las cuales tomaban al español) que viven con un siglo de atraso, y no saben jamás ponerse al corriente de las costumbres de la época.

El joven permaneció impavido sin darse por entendido de lo que pasaba.

Pero la historia no se acaba en esto. Al llegar a Burdeos, donde bajaron todos, el mismo que no podía soportar el olor del tabaco, sacó a la vista de los tres señoras una hermosa pipa bien provista, de donde sacó un cigarro colosal; en seguida, sacando también un fósforo, le encendió, lo aplicó al ci-

garro, y principió a lanzar al aire grandes bocanadas del exquisito incienso de la Habana.

Oyéronse tres exclamaciones unánimes: el chasco había sido un poco pesado.

El joven se despidió de sus compañeras de viaje e ignoró en boca, diciéndoles que el día siguiente estaría en su patria, donde las mujeres son bonitas y no fumán, a pesar de lo que dicen los viajeros-maleas.

—Incombustibilidad.—En el horrible incendio que ocurrió no ha mucho en Schilz, ciudad de Alemania, tuvo lugar un caso digno de llamar la atención. En la casa de comercio de C. R. Weissker y compañía había un armario de hierro lleno de papel de valor, y dinero en grande cantidad. Apesar de haberse encontrado en un mar de llamas, y sepultado debajo de escombros y ruinas candentes durante dos días, al abrirse después el armario se encontraron todos los papeles y todo el dinero en el mejor estado. El armario había sido construido en la fábrica de Sommermeyer y compañía, en Megdeburgo.

—Descubrimiento.—Es curiosa la noticia que publica un periódico extranjero sobre un descubrimiento de gran importancia, que verán nuestros lectores consignado en las siguientes líneas:

«El catedrático Piorry ha dado recientemente cuenta a la academia de medicina de París, de un descubrimiento que puede ser de grandísima importancia. Poniendo en la olla de Papin tres partes de huesos frescos y quebrantados, una parte de carne y 23 partes de agua, cerrándola herméticamente y calentándola hasta 140° si a los cuarenta minutos se abre una llave, sale un chorro de vapor, y pasados algunos segundos sigue un líquido blanco, que es la emulsión lechosa que se acaba de obtener. Condensado este líquido, presenta el aspecto, el color, la consistencia y hasta el gusto de la leche, demostrando el microscopio globulitos de igual forma y dimensión. Aun no se ha examinado si es idéntica también su composición química.»

—Fábula.—De un volumen de fábulas publicado hace algunos años, tomamos la siguiente fábula: *Uniones desiguales*.

Tenia D. Juan del Charco—un huerto en Carabanchel—y quiso forjar en él—con dos árboles un año. Era el uno muy pequeño—y el otro de corpulencia—pero como esta diferencia—echaba de ver su dueño. A la razón se hizo sordo—(que era el D. Juan varrónico)—y aló a la copa del árbol—La copa del árbol gordo.

Tan desigual matrimonio—duró a los árboles fué—y los pobres, ya se ve—Rechaban de coraje. Por quebrantar sus prisiones—el grande tanjo tiró—del chico, que lo arrancó—de enajo a pocos tirones; Y con él engalanado—elevó su copa al cielo—mis la copa vino al suelo—por el peso desahogado.

Según discretos arguyen—en vista de ejemplos tales,—las uniones desiguales—destruyen y se destruyen.

—Pesca.—El lunes de esta semana parece que se ha descubierta en esta corte una gran fábrica de moneda falsa.

Los útiles y como unos dos mil duros en varias clases de monedas han sido ocupados por la autoridad.

—Hasta cuando!—Hace un año próximamente que con motivo de las grandes avenidas del Manzanares quedó inutilizado para el tránsito público el puente de San Fernando, y hasta ahora no se ha tratado de consmperlo a pesar de ser poca consideración los reparos que exige. Este es un descuido notable, por estar el citado puente en el camino de Castilla y muy próximo a la corte.

—Las ferias en Madrid.—Multitud de comerciantes, poliqueros, sacaniles, retratistas, pintores, limpiabotas, sistras, agoreros de política, novelistas, caseros, en una palabra, todas las notabilidades políticas, literarias, artísticas y científicas, se afanan constantemente por hacer de esta villa y porta otra ciudad de Jauja, otra tierra de promisión, donde cada hijo de vecino puede tropezar a cada paso con una mejora, con un adelanto, con un fortuna que, sin soñar siquiera, le convierta velis nolis en un segundo conde de Monte Cristo.

El cartel de esquina, el rótulo de puerta y el anuncio de periódicos, lenguas incansables y comunes a todo género de inteligencias, publican incesantemente la prodigiosa actividad de todos y de cada uno de los seres, que por el solo pan de cada día, se desvelan por darnos vivienda, ropa, lectura, dignos, espectáculos, salud, hermosura y hasta dignidad, según sea con el santo propósito de ya volverlo a quitar.

Peró esto que generalmente sucede todos los días, tiene como la luna, sus cuartos menguantes y sus cuartos crecientes. A la consideración de los sirvientes sin sueldo, de los casados con sueldo, de los empleados sin sueldo, de los obreros sin trabajo y de los ociosos sin cesantía, dejamos los días en que Madrid, dormido al rumor de sus mil delicias, ve cruzar sin dolor las funebres procesiones de los que no teniendo cabida en sus solabancos, van a buscar cuarto desahogado en el piso bajo de los cementerios.

Sin embargo, justo es confesar que han oscurado cuadro solo sirve para hacer resaltar mas y mas el bello colorido, la animación y la vida con que se presentan a nuestros ojos los cuartos crecientes.

Vello si no.

Las ferias han llamado a nuestras puertas con su consabido alarido de melodías.

Los nuevos y las castañas rompen a sus golpes su ásprea vestidura, y salen a recibir las miradas de los compradores.

Las pilas de monedas, las banastas de naves gordales y jactas, las peras de don Gálido, las olorosas manzanas, las encarnadas aceitunas y las agudas sardinas de Aranjuez, hablan por boca de sus dueños, y convidan a su vez al transeúnte a disfrutar de su exquisita vista.

Los montones de quincalla, de bisutería, de porcelana, de hierro, de loacera, montañas de todas las materias van a caza de regaños, sacando las pintorrescas copas de sus portátiles tiendas, inundan de cuasi-cosas el espacio y dotando de esplendidez a ellos y de caprichos a ellas, velen, por último, talados, desmenuados y desmenuados, por no decir destruidos avaros.

Mientras esto sucede en la calle de Alcalá, que es donde el cuarto creciente, donde la feria ostenta su manto de cien colores, las plazuelas se atestan de tras los viejos, y las calles de la Matyera y del Crimen abren sus mil estantes, las condecoran con estampas, que mas suelen ser para pintadas que para vistas; y Madrid entero, nixon, alegre, antijado y bullicioso, corre la casa y la mesa de sus calles, y ora haciendo de comprador, ora de vendedor, de víctima de verdugo, se reduce o se multiplica hasta llegar al pináculo de esta incesante actividad que afita, vivifica el pelo, sangra, echaola el calzado, refrita, patoca, enajira, promete, abraza, cura enfermedades secretas, limpia, bñja y da esplendor.

—Cuestión de sastré.—El uniforme que, según recientes disposiciones, deben usar los pilotos de la marina mercante e individuos particulares que obtuvieron graduaciones honoríficas del cuerpo de la armada con anterioridad al real decreto de 30 de julio último, se compone de casaca de paño azul turquí con forro de lo mismo; solapa id., abrochada hasta arriba, con dos hileras de siete botones plateados de ancha sin corona, repartidos a iguales distancias; vueltas encarnadas; cuello id., con vivo azul cerrado por delante con botones, y un anillo sin corona, bordado de plata en el fondo con barras azules y dos anclas sin corona bordadas de plata en la extremidad de cada uno de ellos; una corbata de cada lado del talle, con vivo encarnado, y tres ojales de trenzalla azul con tres botones chicos de ancla sin corona, dos de estos en el talle; una cartera en la abertura de la manga con vivo encarnado, y tres botones chicos de ancla sin corona para abrocharla. Espada enida de cruz, con vaina de cuero chunuelo y cordero, que así como la guarnición del puño, serán de metal plateado. Sombrero apuntado sin galón con bridas y presilla de plata y escarapela nacional. Pantalón azul del mismo color que la casaca, guante blanco, corbata negra y media blanca. Los charreteras serán de bord de plata suelto de treinta y cinco líneas de largo, y una lista de cuarenta líneas de ancho; la chaqueta tendrá sesenta líneas de anchura de ancho y treinta de largo, prolongándose la lista hasta

completar sesenta y seis, con un botón chico de ancla sin corona en el estremo superior. Esta disposición tiene por principal objeto el que los uniformes de los espresados pilotos se diferencien del de los oficiales de la armada.

—Eche Vd. lenguas.—El Sr. D. Vicente Alcegar, que según se asegura, habla o escribe más de cuarenta idiomas, se halla al frente de una academia en esta corte, en la cual se enseñan el francés, inglés, el iliano, alemán, hebreo, árabe, latín, portugués y otras lenguas.

—Desbarajuste.—Leemos en «El Criticario»:

«Hace pocas días que habíendome presentado en el archivo del ministerio de San Lorenzo del Escorial, con el objeto de examinar el manuscrito que encierra el censo mandado formar por el rey Felipe II, no fué imposible conseguirlo, porque de los trece tomos en folio que comprende aquel importante trabajo, solo hay siete en la biblioteca del monasterio, y los seis restantes se conservan en Simancas.

La impresión dolorosa que debió causarnos este lamentable desorden, la compensaron bien aquellos de nuestros lectores que sepan apreciar el rasgo de interés y cuidado que debe tenerse en la reunión y conservación de tan preciosos documentos, y tal incalificable ha precipitado nuestro deseo de dirigimos al gobierno para exhortarle a que remedie este grave mal y otros infortunios que se notan en estos departamentos de la administración, para lo cual nos ocuparemos con detenimiento de tan preferente asunto.

—Orgullo mercantil.—Un extranjero se presentó en una casa de Banco de Francfort para pagar una letra de cambio de 2,000 lises dobles, y recibió 10,000 thalers de mas. No notó el error hasta después de haber vuelto a su casa. Inmediatamente fué a buscar al jefe de la casa de comercio para contarle lo que pasaba, y le recibió, le dijo, en vuestra casa se dan 100 thalers mas que lo que debí haber cobrado. El comerciante le miró con mucha seriedad, y sin reflexionar le dijo: «Es imposible.» «Sin embargo, es como lo vi, repuso el extranjero, enseñándole los lises dobles; vuestro cajero se ha equivocado.» «¿Os digo que no es posible, exclamó el mercader con tono resuelto: volved a cojer vuestros lises, pues en mis oficinas nadie se equivoca.» Debo esto se volvió hacia el tenedor de libros, al que mandó escribir 10,000 thalers en el pasivo de la casa, añadiendo que no haría cargo alguno al cajero.

Este negociante sacrificó 10,000 thalers (casi thalers vale en Francfort unos 13 rs.) para dejar salvo el honor de su casa, y para que nadie pudiera decir que se cometían en ella errores.

—Datos curiosos.—Cada latido del corazón es un segundo, por consiguiente da 60 cada minuto, 3,600 en la hora y 86,400 al día. A cada latido del corazón salen del ventriculo izquierdo dos onzas de sangre para entrar en la gran arteria. En su consecuencia, el pulso que el corazón late 3,600 veces por hora, sale de él en este espacio de tiempo 7,200 onzas de sangre.

Toda la masa de la sangre contenida en un cuerpo humano no asciende por lo común mas que a 21 libras. Así, pues, dirigiendo 600 por 24 se encontrará que toda la masa de la sangre pasa por el corazón 25 veces por hora, y por lo siguiente 600 veces al día.

El corazón, que es el mas importante de todos nuestros músculos, no cesa para hacer un solo movimiento de contracción de una fuerza equivalente a muchos miles de libras, puesto que así es como se valen en la mecánica las fuerzas múltiples. Por ejemplo, el corazón necesita para depositar la sangre en la gran arteria de una fuerza motriz de un millón de libras.

Para sostener con el brazo tendido un peso de 55 libras cargado de la sangre, se necesita una fuerza de 60,000. Si un hombre que pese 150 libras quiere saltar a solo la altura de dos pies, necesita de una fuerza 200 veces mayor que su peso, es decir, de una fuerza motriz de 30,000.

—Pintura.—Hemos tenido el gusto de ver la magnífica figura alegórica del tamaño natural que acaba de pintar al temple, para el nuevo teatro de Jovelanos, el distinguido pintor decamara, don Antonio Gomez.

Es una linda joven de semblante picaresco y seductor, que representa la zarzuela, con la mano izquierda apoyada en la lira de Euterpe, y mostrando con la derecha la máscara de Talia.

Damos el parabién al señor Gomez por la admirable ejecución de esta obra, en la cual ha mostrado mas y mas sus distinguidas dotes, tanto en la manera de hacer los frescos, de efecto igual a los cuatro pintados al óleo, como la novedad del colorido, valentía y acierto en la colocación de las masas de claro oscuro y de mas bellezas que contiene.

—Griego.—Por una real orden reciente y desconocida, aun se permite a los amantes de medicina y farmacia el simultáneo el estudio del griego con cualquiera de los cinco años de su carrera.

—Correos.—Algunos periódicos han anunciado que están presentadas proposiciones para la pronta y puntual conducción de la correspondencia a Canarias y las Antillas durante el tiempo que tarda en verificarse la subasta y consiguiente entrega para este importante servicio.

Legaronos que fundamente pueda haber en esta noticia, y asimismo que el gobierno se haya ocupado en examinar proposición alguna de esta naturaleza; pero sabemos por dolorosa experiencia que tanto los intereses de la metrópoli como los de las provincias ultramarinas, ganarán mucho en que desde luego las comunicaciones entre una y otras sean rápidas, regulares y frecuentes.

—No hay un cuarto.—El gobierno no ha podido admitir desde luego para el Conservatorio de música de Madrid las obras de don Ramon Carnegio, por no tener en el presupuesto partida alguna destinada a este objeto; pero ha encargado al vicepresidente de este establecimiento que proponga los medios mas convenientes para que no se pierda esta joya del arte musical.

—Ojo al Cristo.—A un pobre alcaide, que no quería vendia, salióle muy cara—la tal mercadería.—Dos jóvenes diestros, en fin, por bolsillos, con aire de triunfo se acercaron los pillos.—Al mozo preguntan—del género el precio;—contesta y ofrece—replicando el mozo:—«¿Cuántas mezas mido?»

Todas las que tienes—y tráelas a casa—si es que le convienes.—Carga el buen hombre con el sacó llano—y sigue a los cascos—alegre y sereno.—Llegan a una calle,—suben a una casa,—sin que allí sepan—lo que al mozo pasa.—Al cabo de un rato,—oyen los vecinos—lamentos mezclados con mil desatinos.—Llaman al portero—y acuden curiosos—por ver al que daba—gritos tan furiosos.—Abren la puerta—y encuentran al pobre—floreto, aligido, sin plata ni cobre.—«¿Cuántas mezas mido—de nuevos y sacos con sus reñidos duros,—pelotas y tabaco.—Los tonos llevaban—al pobre robado—a un cuarto segundo—ya desahogado.

—Escuela.—Tenemos entendido que en la última sesión celebrada por la real Academia de la Historia fué aprobado el proyecto de una escuela de diplomática, cuya elaboración le había sido encargada por el señor ministro de Fomento en virtud de real orden. Esta célebre corporación, que hace años había hecho presente al gobierno la necesidad de establecer dicha escuela, a fin de evitar que los archiveros del reino estuviesen en manos ignorantes de lo que punto, lo cual sucede al menudo con los bibliotecarios, en la parte de M. S. S., ha logrado, pues, abrir a la juventud una nueva y hermosa carrera, haciendo un verdadero servicio al Estado. Amantes de todo lo bueno y útil, nos apresuramos a rendir a la real academia el público testimonio de nuestra gratitud, esperando que muy en breve aparezca en la *Gaceta* el oportuno decreto aprobando el mencionado proyecto, que sea indudablemente aplaudido por cuantos se interesen en el buen nombre de la patria.

—Locomoción.—Es tal la escasez de asientos en las diligencias, galeas y demás carruajes

para venir por el camino del Norte, que un amigo nuestro, residente en Burgos, se ha visto precisado, según nos escribe, a emprender el viaje montado en una burra, a fin de acelerar todo lo posible la traslación de su persona a esta coronada villa. La empresa de las postas generales es responsable en el presente caso de los daños y perjuicios que cause a este viajero el roce de la albarda, o de cualquier dño que sufra, si pierde el control de gravedad y se apea por la cola.

—Hasta los sellos!—La dirección general de rentas estancadas, en vista de las falsificaciones de sellos de correos de que hay ya mas de un ejemplar, ha hecho saber a los encargados de la rependencia el deber en que se encuentran de limitarla a los que se les entreguen por cuenta del gobierno y por medio de sus empleados, absteniéndose de vender los que procedan de particulares, aun cuando no se dude de su legitimidad.

—Terremotopatía.—Así debe llamarse el nuevo método curativo de que se habla en las siguientes líneas:

«A consecuencia del terremoto que ha habido en Filipevile, algunas personas de la localidad han experimentado fenómenos bastante singulares: una, ciega por un accidente, ha recobrado la vista; otra ha perdido la palabra; y otra, que se hallaba paralizada desde hace muchos años, se ha encontrado curada como por encanto.

Un hecho parecido a este produjo en las inmediaciones de Lyon en el terremoto de 25 de julio de 1855.

—Paraíso terrenal.—En un solo número del principal diario de San Francisco (California) se da cuenta de haber ocurrido el día antes tres desastres, tres asesinatos, seis quimeras con heridas, cinco palizas, tres incendios (entre ellos el de una ciudad entera), dos suicidios y tres naufragios.

—Escríben de Reus, con fecha 16, que de los 167 mozos de la edad de 22 años concurrentes en aquella villa al sorteo para la quinta de milicias provinciales, han correspondido 51 soldados. Hecha la declaración de los mismos, fué llegada hasta el núm. 92, y para la de igual número de supuestos el resto de los de dicha edad y hasta el núm. 3 de los de 23 años.

—El Sr. D. Donato Maria Medrano Magallon, baron de Maabo, oficial que fué de la guardia real, y últimamente diputado provincial de Logroño, falleció en Nájera el 14 del corriente. Su muerte ha sido sentida, no solo por su familia, que le amaba tiernamente, sino por los muchos pobres a quienes prodigaba toda clase de auxilios.

—Leemos en los diarios de Barcelona:

«Antes de ayer salieron en dirección a la frontera del vecino imperio 15 directores provinciales de los ferrocarriles del Este y del Norte. Van acompañados de los dos ingenieros respectivos, y en Girona se reunirán con el ingeniero del gobierno Sr. Fuguet.

El objeto de este viaje es hacer ver en que punto convendría hacer el empalme de ambas vías, así como el punto de la frontera por donde mejor pueda pasar para empalmar con la red de

No acabaría nunca si me propusiera aducir ejemplos y pruebas de la eficacia de la música para la curación de las afecciones morales: solo si dire que es tal la fe y la confianza que tengo en este medicamento, que no vacilo en usar hasta en las dolencias físicas. Yo padezco a menudo fuertes odontalgias (que en castellano quiere decir dolor de muelas), y en vano he llamado a las puertas del arte de curar demandando un lenitivo a mis dolores: ni la alopatía, ni la homeopatía, ni la hidroterapia, ninguno sistema terminando en patria me han producido alivio alguno. Un día en que la intensidad de mis dolores había llegado hasta el último punto, tuve la idea feliz de hacer uso de la música, como los médicos de la mayor parte de sus drogas y mejueres, por si paga. Fué lábilme vencer una dificultad en casa: nadie entendía una jota de música, incluso el paciente; nadie poseía un mal instrumento. Pero mi patrona poseía un fíglo, es decir, era propietaria de un fíglo muy deteriorado, herencia de su difunto marido que había pertenecido a una banda de música de voluntarios realistas.

La supliqué permitiera a uno de mis compañeros de hospedaje que tomara su instrumento (asi le llamaré, puesto que el código no impone castigo alguno a los corruptores del lenguaje) para tocar en el alguna cosa. Acedió de mala gana a mi petición, no sin exigir antes palabra formal de que no le echaríamos a perder. Se le limpió el polvo, etc., etc.

—Vamos, ya puedes empezar, dije a mi compañero incorporándose en la cama.

—Pero hombre, por Cristo, ¿que quieres que haga?

—Tocar.

—Buena es esa; si en mi vida las he visto mas gordas.

—Eso no importa. Ea, sientate aquí a la cabecera, y sopla en esa alquilara hasta que echas los bules.

—Por supuesto! ¡alquilar! esclamó mi patrona entrando en la alcoba: un instrumento que vale media onza... Podrá Vd. haber dicho eso en vida de mi esposo que esté en gloria.

—Bien señora, la infortunio, no se trata de eso. Vámonos, Primitivo, toca, toca... No puedo sufrir los dolores.

—En fin, si te empeñas probaremos...

Y aplicó sus labios a la boquilla del instrumento, hizo una fuerte inspiración, cerró los ojos, soplo...

—Produjo una nota semejante al angido de un loro, que salió envuelta en una espesa columna de polvo, almacenada en el vetusto fíglo hacia veinte años.

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Y mi caritativo compañero volvió a poner en frangula el instrumento, y en menos de media hora consiguió curar completamente mi dolor de muelas y poner en conexión a la verdad, que llegó en cuerpo a la puerta de nuestra habitación, amenazándonos con el comisario de policía sino cesábamos de tocar el cuerno.

—Por supuesto! ¡el cuerno! esclamó mi patrona, ¿y es un fíglo que vale media onza?

—¿Que tal? Lo hago bien?

—Magnífico... Sigue, sigue, no pierdas tiempo. Ya estoy algo mejor... El dolor, que era agudísimo, se ha hecho un poco mas sordo...

—Yo lo creo; ¿no ves que le he roto el tímpano a la primera nota?

—Bien, pues continúa, y no descanse hasta que se te liquiden los pulmones.

Yo empecé radicalmente de mis dolores, gracias al fíglo de mi patrona. El que quiera mis datos acerca de este nuevo método de curar las enfermedades, puede consultar la obra que me propongo publicar muy en breve, titulada: *La Música en el sistema de curación de las afecciones morales, por todos los tonos y en todas las llaves conocidas*, etc., etc.

Si consideramos la música en relación a su influencia en la moralización de las costumbres, ¿cuan vasto campo se nos ofrece para estendernos en consideraciones filosóficas! Tendré una mirada hacia la historia del mundo. Comparado el estado de embriutamiento y degradación de los pueblos que no conocían este arte encantador, con la sencillez y pureza de otros, ¿cuan grandes la música era una profesión honrosa y apreciada. Cuando Dios castigó los crímenes de los hombres con el diluvio, los moradores de la tierra apenas sabían tocar otros instrumentos que el cuerno y la zampoña, que no son en verdad los mas armoniosos. Los libros sagrados nos cuentan como Sodoma y Gomorra fueron destruidas por el fuego del cielo, en castigo de la depravación de aquellos habitantes; pero nadie me citará un pasaje de la Biblia en que se diga que había un solo piano e aquellas dos ciudades. Y si los egipcios salieron mejor librados en aquello de las plagas, debe notarse que Faraon tenia en su palacio un cuerno que tocaba el psalterio medianoche.

Pero ¿a que cansarnos? Casi todos los em neites varones que han sobresalido por sus virtudes, eran músicos, o por lo menos aficionados a este arte. David tocaba el arpa con maestría suma, y si bien es verdad que hizo algunas calaveradas, téngase presente que era, además de músico, poeta. Los patriarcas, los profetas, los mártires, casi todos tocaban algun instrumento. De donde lógicamente se infiere que la música ejerce grande influjo en la moralización de las costumbres. Y sino ¿por qué somos nosotros mejores que nuestros antepasados (sin agravamiento)? Porque todos somos músicos y danzantes; porque Cubi nos ha dicho que hasta órganos tenemos en la cabeza, cuando los antiguos no tenían ni un mal violoncello.

Me acuerdo de haber leído en el telon de boca de un teatro de esta corte una inscripción puesta en forma de verso que decía: *«La música es la fuerza del silencio»*, etc. Y esto es tan cierto, que conozco un sargento que ha prohibido formalmente a su sugru asistir a la ópera, porque la buena señora se conmueve hasta el extremo de derramar lágrimas. Pero no es solo la sugru de mi amigo la que llora al oír una *cavatina*. Los que habéis asistido al teatro del Circo en sus buenos tiempos, y oído cantar a Moriani.

—¿Tu che a Dio spiegarli l'ali.

O bell'alma innamorata.

Ti rivolgi a me plebeata.

Teco ascenda il tuo fedello...

¿no habéis sentido humedecerse vuestros ojos de lágrimas? ¿No habéis visto llorar al militar que ha desafiado con frente serena a la muerte en cien batallas; al impasible magistrado, al usurero de nuestro anarjillo, y al corazon negro, al médico con cuarenta años de ejercicio, al partidario de Damócrito, al apologeta de Montaigne en una palabra, ¿no habéis visto el teatro convertido en cementerio, o mas bien en una asamblea de llorones?

Y ya que he hablado del teatro lírico, no puedo resistir a la tentación (aun con riesgo de enfadar a mis

lectores) de hacer una ligera y última digresión para referir sucintamente una escena, de que fui actor, en la primera noche de la representación de la partitura de Donizetti que he citado arriba. En la butaca le miré con curiosidad a un joven, cuyo elegante traje, finos y modales, denotaban que pertenecía a lo que en este siglo eminentemente músico se ha dado en llamar *gentes de buen tono* (como si digáramos *gentes de síndrom*), que es uno de los tonos mejores para mi gusto. Hablaba con tal entusiasmo de los cantantes, y sobre todo, de Moriani; aplaudía tan frenéticamente cada pieza de un acto, cada parte de una pieza, cada compás de una parte, cada nota de un compás, desistiendo al propio tiempo sobre diversos puntos de armonía, que el hombre, menos sagaz, hubiera adivinado sin trabajo que el que tales cosas decía era un profesor, es decir, no un *profesor de profesión*, no un músico de oficio, sino un profesor de afección, en fin, un gran *dilettante* (aunque se escribe con *castro*).

Moriani cantaba un aria; no recuerdo cuál, pero no la que empieza *«Al primo l'ho detto»*, porque de esta nos quedamos a oscuras. Mi vecino, a quien llamaré Fulano de Tal, para mayor claridad, en un momento de arrebatado arrojismo, se volvió hacia mí para decirme: —No le parece a Vd. que es cosa lindísima?

Y continuó mirando hacia el escenario a través de sus gemelos monstruos. Yo, correspondiendo a aquella muestra de confianza, contesté: —Oh! sí... es muy buena... me parece bastante bien; pero me gusta mas la del final.

—¿Que está Vd. diciendo? me interrumpió Fulano de Tal, manifestando gran sorpresa.

—Que para mi gusto es mejor la última, sin comparación.

—Pues permítame Vd. que le diga que tiene Vd. muy mal gusto.

—Podrá ser muy bien; sin embargo, me atrevo a asegurar que, malo como es, mi gusto enlaza mas partidarios que el de Vd.

—Ni diga Vd. disparatesos, como le he oído decir.

—Yo respeto la opinión de Vd., mucho mas cuando manifiesta ser inteligente en la materia, pero apelo al dictamen de una persona imparcial... Creo que la última es mas sentimental...

—Conoce de que asiste: eso nada significa para que le parezca lo que le parezca a él.

—Mas espresiva.

—También puede pasar: pero esa calidad no destruye mi opinión. En cuanto a belleza, a lo que debe entenderse por belleza, digo y repito que tiene esta mas que la otra.

—No sé lo que Vd. entenderá por belleza.

—Hombre, por Cristo, es necesario no tener ojos en la cara para sostener...

—Basta con tener oídos.

—Para sostener que es mejor la última.

—Y yo creo que es necesario tener oídos.

—Basta con tener ojos.

—Para insistir en que es mejor esta.

—Y qué falta hace el oído para conocer?

—La misma que los ojos para apreciar.

—Pretende Vd. burlarse de mí preguntado con altivo continente Fulano de Tal.

—¿Vd. intenta tomarme por jugador? repuse yo, frunciendo el ceño cuando podía, a manera de un tercer gan de la legua.

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

—¿Puede Vd. decirme...?

Al llegar a este punto fuimos interrumpidos por una salva de *chist*, que nos dirigian desde palcos, butacas y galerías a ignominia los espectadores impacientados ya con nuestras voces, que eran mejores, es decir, mas fuertes que las de los cantantes. Interrumpimos nuestro acalorado debate para continuarle en mejor ocasión.

Entonces llegó a mis oídos un suspiro profundo hacia mi derecha. Volvi la cabeza, y en la butaca inmediata a la mía, vi a una señora de algo madura edad, que con el pulmo aplicado a los ojos, daba a entender que lloraba. —¿Que de gracia la habrá sucedido? pensaba yo. Acaso alguna noticia infausta...

—Mamá, articulaba una joven que ocupaba el otro sillón, todavia no.

—¿Que dice, hija mía? esclamó la anciana con voz débil, entrecofada por los sollozos.

—Que todavia no llora, repuso la niña; eso es al acabarse, cuando él se mata.

—¡Ah!... Yo creí que era ahora... como es tan patético, eso que cantan... y luego, como una no entiendo de música...

No pude seguir escuchando este sabroso diálogo, porque sonó a la sazón una patrida salva de aplausos, y mi vecino Fulano de Tal aprovechando aquel paréntesis de ruido y confusión, se volvió hacia mí.

—Vd. comprende, me dijo, que he sido insultado por Vd. y que...

—¡No a decir a Vd. eso mismo! Vd. me ha faltado de una manera que exige...

—Mañana enviare a Vd. mis padrinos.

—Convenido: pero debo advertir a Vd. que en este asunto me corresponde la iniciativa, porque he sido agraviado por Vd. en el hecho de decirme que bastaba tener ojos para juzgar de una cosa en que solo hacen falta los oídos.

—¡Otra vez!... Pues qué, necesita Vd. de los ojos para conocer que la primera de las coristas, esa rubia, es mucho mas linda que la última...

—Pero como no hablabamos de coristas, sino del aria que se a buja de cantar, y que yo sostengo que no es tan buena como la del final, me parece que el oído...

—¡Já! ¡já! ¡já!... Si yo me refería a la corista, ¿qué le habraba de ojos a usted?

—Si yo hablaba del aria y... ¡já! ¡já! ¡já!... Hemos tocado un dúo de violón.

—Usted disimule...

—Usted disimule.

—Vaya... yo lo creo que el aria final es mucho mejor que esta.

—Y yo convengo en que la corista rubia es mucho mas linda que la morena.

Y tú dirás, lector, que el articulo ya va siendo largo. Y yo diré que es mas larga la indulgencia que mis lectores. Y los dos diremos que lo que tú dices y lo que yo digo es... *música celestial*.

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

Son Cipriano y Santa Justina, mártires.

En el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 27 del año y el 5 del otoño.

Es el día 2